

Las universidades latinoamericanas ante los rankings internacionales: impactos, alcances y límites.

Comentarios a la ponencia de Simon Marginson.

Global University Rankings: The strategic issues.

Humberto Muñoz García.

Introducción.

Agradezco al Dr. Imanol Ordorika por haberme invitado a participar en este importante evento. Me siento honrado de hablar ante un público constituido por personas que tienen amplio conocimiento, respeto y responsabilidades públicas en la educación superior. Me siento muy honrado, también, por ser comentarista de la ponencia de mi amigo Simon Marginson, quien ha realizado contribuciones intelectuales sustantivas para entender lo que ocurre actualmente en el campo de la educación superior en el mundo.

El tema que nos convoca exige reflexionar y delinear estrategias que permitan dar a nuestras universidades calidad, pertinencia, prestigio, visibilidad y fuerza; ampliarles las posibilidades para insertarse en los escenarios internacionales de una manera digna y exitosa, sin perder de vista nuestras especificidades culturales y horizontes de futuro propios. He aquí mis comentarios a una ponencia muy rica en ideas e información. Resaltaré sólo algunos puntos.

1. Globalización y diversidad como telón de fondo.

Es necesario tomar a la globalización como telón de fondo, ya que a partir de ella se dio un viraje en el desarrollo mundial, y América Latina no fue la excepción. En las nuevas condiciones los países latinoamericanos han tenido posibilidades de vincularse a la globalización en distintas formas y modalidades, que obedecen a lo diverso de sus sistemas productivos, a las

condiciones sociales y políticas prevalecientes, y a los intereses de atracción y penetración del capital financiero internacional en cada uno de ellos. No hay caminos únicos (Véase Cardoso, 2007).

Tener en cuenta la diversidad de las situaciones nacionales es relevante porque las universidades y los sistemas de educación superior se desarrollan de cara a las necesidades o prioridades de los países, según las legislaciones que ordenan su organización y funcionamiento y de acuerdo con políticas de Estado propias de quienes controlan el gobierno y el poder público. Así, a las instituciones universitarias hay que entenderlas como parte de sistemas nacionales de educación superior. El análisis comparativo de la educación superior demanda reconocer que hay diferencias entre países en los sistemas educativos y en las universidades (Véase Clark, 1997; Marginson y Mollis, 2001).

La globalización ha planteado una serie de exigencias para todos. Cada quien puede enfrentarlas, pero se satisfacen de mejor manera si nos agrupamos como la región que somos. Frente a ellas, el reto que tenemos los latinoamericanos es participar en el mercado académico mundial y en los rankings globales respetando nuestro ser universitario, nuestras tradiciones, riquezas históricas y culturales (Tünnerman, 2003). Bajo este enfoque podemos fijar una postura y las conexiones con el ámbito internacional universitario donde funcionan los rankings.

2. ¿Para que sirven los rankings?

Al inicio de su charla, el Dr. Marginson planteó una serie de preguntas acerca de los usos que pueden darse a los rankings. Mostró que los rankings son útiles para algunos propósitos. De tal suerte que, sería un error deshecharlos de entrada. El punto, entonces, es develar lo que está detrás de los rankings para precisar qué es lo que nos conviene.

El problema con los rankings es el fin con el que se utilizan, vinculados con el mercado, que trata de reducir todo, en última instancia, a dinero y ganancias. Los rankings sirven, con frecuencia, para alcanzar fines para los que no fueron hechos, para sumar o comparar lo que no es comparable. Se adaptan indistintamente a una multiplicidad de usuarios, cada uno de los cuales tiene sus propios valores e intereses de mercado.

Los rankings se utilizan, también, para establecer jerarquías entre las universidades y estimular la competencia entre ellas bajo la premisa de que existen “mejores” y “peores” respecto de un modelo único, bajo el supuesto de que los públicos son homogéneos y los contextos no diferenciados, como si el mercado académico no fuera un mercado segmentado y como si todas las universidades debieran orientarse hacia un único y predeterminado horizonte de futuro, el que Ridings (1996) llamó la americanización de la universidad.

Por otro lado, los rankings tienen repercusiones sobre la vida académica. Cuando estar incluido en los rankings se convierte en un objetivo prioritario, cuando la organización académica y las políticas que la encauzan están dirigidas a satisfacer los indicadores para mejorar la posición en los rankings, se corre el riesgo de establecer comportamientos que dejan de lado fines y medios institucionales pertinentes al entorno social y cultural.

Simon Marginson señaló que la investigación juega un papel central en los rankings, entre otras razones porque sus indicadores son estandarizados lo que hace posible la comparación. Pero hacer investigación cuesta dinero y hacer comparaciones en esta materia muestra que las brechas son enormes. En un libro reciente de Paula Stephan (2012) , para el caso de los EEUU, se analiza con toda claridad, cómo lo económico moldea la investigación científica en sus prioridades y en sus prácticas. Slaughter y Leslie (1997), mucho antes, ya nos habían mostrado los vínculos de la investigación con el capitalismo académico en varios países.

Así, la economía de las universidades es de primera importancia para investigar y competir por las posiciones en los rankings internacionales. Les presento ahora el siguiente dato: Harvard en el 2009 tuvo un presupuesto cuatro veces mayor al presupuesto de toda la educación superior de México. La competencia entre universidades es muy desigual, y esto es un hecho. Insisto, los rankings sirven para multiplicar el dinero de las universidades que cuentan con más recursos y son un estímulo para su concentración, tal como lo indicó Marginson. De continuar tal estímulo, a la larga, va a erosionar la educación superior en el mundo.

Acerca de la investigación en América Latina, los datos que presentó el ponente, sobre nuestra contribución a la ciencia en el mundo, son más que elocuentes. Los resultados tan magros hablan de la política financiera

y educativa que han seguido los gobiernos latinoamericanos con sus universidades y el poco interés de la iniciativa privada en apoyar la investigación.

En este punto, los rankings podrían usarse para calificar a políticos y empresarios respecto a la construcción de un futuro digno para nuestros países, porque no tengo duda de lo que dijo Marginson: en los próximos tiempos todas las naciones necesitarán universidades que participen en la producción y circulación de los flujos de conocimiento y relacionarse con las principales universidades a nivel global. Fortalecer a las universidades que en nuestros países tienen condiciones de destacar en el ámbito internacional es una estrategia fundamental, que no significa que se le otorguen recursos desiguales a las otras.

3. Repercusiones políticas de los rankings internacionales.

Los rankings han proliferado. Cada uno define sus propios indicadores, y hace comparaciones a partir de un ideal de universidad que debe ser tomado como modelo de todas. En esto reside la contradicción principal de los rankings, porque siendo una jerarquía que busca la distinción, crea un patrón único para que todas las universidades sigan una estrategia que las lleve a ser semejantes a las universidades de mayor fuerza y prestigio en la investigación, y convertirse en exitosas.

A nivel internacional predominan unos cuantos rankings. Entre ellos disputan nichos de mercado a partir de un ideal de universidad, que significa la disputa por la universidad. Ocurre que las universidades que ocupan los primeros lugares en todos los rankings son prácticamente las mismas. Los ganadores no cambian. El negocio, entonces, está en este resultado, pero también en la competencia de las otras universidades por ocupar un mejor lugar entre los demás que quedan libres.

Simon Marginson ha señalado que existe un conjunto de universidades de investigación y universidades de países ricos que dominan el espectro internacional. En el libro de Marginson y Ordorika (2010), se muestra que en el mercado académico internacional este pequeño grupo de universidades ha construido un campo de poder en el que ejercen su hegemonía sobre el resto de las universidades en el mundo, hegemonía

que influye para que su comportamiento se oriente a construir universidades del mismo tipo que ellas.

Los rankings funcionan, también, como campos de poder simbólico. Las jerarquías y la información que usan han creado símbolos para legitimar una competencia desigual entre las universidades. Han construido una cultura que refuerza ideas de cómo es el ámbito de la educación superior en el mundo; enfatizan una visión preconcebida de las instituciones y de la educación que imparten. Producen la realidad educativa, la ponen en el mercado. Arman un escenario que resulta inevitable para actuar. Pueden hasta ejercer violencia simbólica, cuando los estudiantes que no asisten a las universidades de más alto nivel jerárquico son menospreciados. Usan los medios de comunicación masiva para difundir sus resultados en todo el mundo. Influyen en las preferencias de quienes demandan educación superior y en las políticas educativas de los gobiernos.

Los rankings al generar creencias compartidas de un mundo que debe tender a la uniformidad en el mercado, restringen a los actores de la vida universitaria. A los académicos les reducen el espacio para proponer y ejercitar opciones a la organización institucional del trabajo. A los estudiantes, los ubica como consumidores en el mercado; al tiempo han sido los estudiantes quienes han provocado sendos movimientos contra la operación del mercado académico como los que hemos visto aquí y allá.

4. Reacciones y posturas frente a los rankings internacionales.

Una parte que me llamó la atención en la ponencia de Marginson es cuando señala que un país, mientras se desarrolla y consigue capacidad económica para sostener una amplia infraestructura científica, debe usar rankings regionales para el manejo de sus universidades. Este punto es muy relevante para América Latina, donde hay tres posturas frente a los rankings internacionales.

Hay quienes se inclinan a que participemos en los rankings globales para lo cual necesitamos construir universidades de investigación de clase mundial, pues sin ellas nuestros países no pueden competir en la economía global del conocimiento. La segunda postura es que no participemos, porque estos instrumentos son tendenciosos y no tienen en cuenta lo que somos como universidad.

La última es la que pone el acento en construir un ranking latinoamericano hecho por latinoamericanos. Hay ejemplos de rankings regionales. Marginson hace referencia a la comisión europea que está construyendo un ranking para esa región, donde hay países cuya investigación de punta está centrada en institutos más que en las universidades. Tal iniciativa, como lo apunta el autor que comentamos, busca reducir las distancias con los EEUU. Al mismo tiempo, según considero, puede terminar influyendo en los criterios para hacer las jerarquías internacionales.

Con base en lo que ha señalado Marginson, y de otras reuniones de rectores latinoamericanos, a mi me parece que debemos seguir haciendo un esfuerzo por construir el Mapa de la Educación Superior en América Latina y el Caribe. Simon Marginson sugiere en su ponencia, algo que coincide con mi punto de vista. Él dijo que las comparaciones se hagan sólo con un grupo selecto de indicadores. Y que mientras más sencillas sean las comparaciones mejor.

Tomo el punto para sugerir que nos esforcemos en construir un espacio de análisis y comparación, eligiendo un conjunto de indicadores que sea factible de manejar, que nos señale permanentemente el pulso de la educación superior en la región. Tendríamos que ponernos de acuerdo en la definición, en las formas cómo se va observar y medir cada uno de los indicadores y comprometernos a generar la información a corto plazo.

5. Crear una identidad universitaria para entrar al ámbito internacional de la educación superior.

La sugerencia incluye abrir un espacio donde podamos dialogar usando las organizaciones y los medios que tenemos para conseguir un interés común que nos guíe en la diversidad. Un espacio que nos dé sentido colectivo para cooperar y colaborar sobre la base de información y conocimiento. Un espacio en el que podamos reunir elementos para construir una identidad universitaria en América Latina acorde a los tiempos de la sociedad de la información y de las redes. Hablo de una identidad que se vuelva identidad proyecto (Castells, 1999), que le dé sentido a lo que hacemos en nuestras sociedades, que le dé sentido a recoger y transmitirnos nuestras experiencias universitarias para transformarnos y transformar el entorno social, para convertirnos en actor

y agente del desarrollo, que es lo que nuestras sociedades esperan de nosotros.

Queremos estar presentes en el ámbito internacional, y que se tenga en cuenta las condiciones sociales y educativas que nos rodean y la diversidad institucional que determinan nuestras acciones, clarificando en la competencia que estamos en un contexto social y político que nos obliga a ser inclusivos, comprometidos y responsables ante nuestro entorno local. Todas estas condiciones tenemos que hacerlas patentes y qué mejor sí lo hacemos todos juntos.

Necesitamos construirnos como fuerza académica y política para reubicarnos en el escenario internacional de la educación superior, para competir con más capacidades, y hacerle frente a los poderes y las fuerzas que dominan dicho escenario. Necesitamos un espacio para ganar legitimidad y, también, resistencia para cuando el escenario internacional nos sea adverso, para vencer los malos tiempos económicos y políticos globales, nacionales y locales.

Retomando lo que dijo el Dr. Marginson, se trata de llegar a una distribución más plural del poder global, terminar con la dominación hegemónica de unos cuantos países en el ámbito educativo, caminar hacia una sociedad donde se respete la diversidad y podamos vivir juntos. La obra reciente de Marginson apunta en estas direcciones. Lo dicho por él, y lo que he comentado, forman parte de las estrategias que podemos sugerir desde la academia.

Esta reunión representa la oportunidad de manifestar otra vez la voluntad de relacionarnos. Nos conviene establecer alianzas, refrendar nuestra cultura, tener como política la asociación de universidades y rectores, insistir en que la educación a nivel internacional es un bien público y en que se regule la competencia internacional. Tenemos la responsabilidad histórica de estar juntos. Uds., rectores, tienen la responsabilidad histórica de unirnos. Los académicos latinoamericanos vamos a estar detrás, con el espíritu y el compromiso de siempre.

Referencias:

**Clark, B.
1997**

Las universidades modernas: espacios de investigación y docencia. México. Grupo Editorial de Miguel Ángel Porrúa y Coordinación de Humanidades/UNAM.

**Cardoso, F.H.
2007**

“Caminhos Novos? Reflexoes sobre alguns desafios de la Globalizacao”. Revista Pensamiento Iberoamericano. Núm. 1. 2ª Época. España. AECl.

**Castells, M.
1999**

La era de la información. El poder de la identidad. México. Siglo XXI Editores. Vol.II

**Marginson, S. y M. Mollis
2001**

“The door opens and the tiger leaps. Theories and reflexivities of comparative education for a global millennium”. Comparative Education Review. Vol. 45. No.4. USA. The University of Chicago Press.

**----- e I. Ordorica
2010**

Hegemonía en la era del conocimiento. Competencia Global en la educación superior y la investigación. México. UNAM. Seminario de Educación Superior.

**Ridings, B.
1996**

The University in Ruins. USA. Harvard University Press.

**Slaughter, S. y L. Leslie.
1997**

**Academic Capitalism. Politics, Policies and the
Entrepreneurial University. USA. University Johns Hopkins
University Press.**

**Sthephan, P.
2012**

**How economics shapes science. USA. Harvard University
Press.**

**Tünnerman, C.
2003**

**La Universidad ante los retos del Siglo XXI. México. Ediciones
de la Universidad Autónoma de Yucatán.**